

conjuración con los que habían de ser sus víctimas, unos y otros inquietos, desconfiados, preocupados por el acontecimiento cuyas consecuencias podían ser terribles». Por temor de ser envenenado, Bonaparte se hizo traer, por uno de sus ayudantes, un panecillo y media botella de vino. Brindó por la unión de todos los franceses; se le escuchó en silencio, y salió escapado para casa de Sieyes, á fin de ultimar el plan del golpe que maquinaba. Fundándose en la facultad que concedía la Constitución al Consejo de los Ancianos, de cambiar la residencia del Cuerpo legislativo en caso de «público peligro», el director y el general convinieron en que se decretaría la traslación de los dos Consejos á San Claudio, pretextando una conspiración jacobina, y que, para velar por la ejecución del decreto, se conferiría á Bonaparte el mando de todas las fuerzas militares de la división de París. Este segundo extremo era anticonstitucional; porque si los Ancianos creían necesarias medidas de seguridad, debían dirigirse exponiendo su opinión al Poder ejecutivo, al Directorio. Publicado el decreto de traslación, Sieyes y Roger-Ducos dimitirían, y se vería de obtener, de grado ó por fuerza, la dimisión de los otros tres directores. Entonces, no existiendo ya Directorio, los dos Consejos instituirían un gobierno provisional, compuesto de tres cónsules, que lo serían Bonaparte, Sieyes y Roger-Ducos, encargados de preparar una nueva Constitución.

En la noche del siete al ocho de Noviembre, veinte de los individuos más influyentes de los dos Consejos se reunieron en casa del presidente del de los Ancianos, para precisar las medidas que se hubiese de tomar y señalar á cada uno el papel que le correspondía desempeñar. Se comenzó á hablar de la Constitución que se adoptaría; pero Bonaparte cortó la discusión diciendo que el maestro Sieyes proveería á ello convenientemente. No hay para qué decir lo que esto halagó al abaté. El ocho se supo, por varios conductos, que los jacobinos, alarmados por los movimientos que notaban en el campo enemigo, se agitaban también, en vista de lo cual se resolvió no esperar más tiempo y dar el golpe al día siguiente, diez y ocho de Brumario, nueve de Noviembre, por la mañana. De noche se extendieron las convocatorias, citándose á los Ancianos para las siete de la mañana y á los Quinientos para las once, con la idea de que, publicado el decreto de traslación antes de que se reuniesen los Quinientos, como desde este instante la Constitución prohibía deliberar, se evitasen discusiones acaloradas y peligrosas. Se tomó la precaución de no repartir las citaciones de los diputados jacobinos de los Ancianos hasta después que hubiese empezado la sesión, para que no pudieran asistir á ella. Durante este tiempo, Real suspendió los doce Consejos municipales de París, algunos de los cuales habrían podido ser centro de resistencia por parte de los jacobinos.

El diez y ocho de Brumario, á las seis de la mañana, Bonaparte reunió en su morada á todos los generales y oficiales adictos suyos. El comandante de la división de París, Lefevre, buen patriota, pero poco ilustrado, entró en casa de Bonaparte, por indicación del

coronel Sebastiani, de muy mal talante. Bonaparte se dirigió á él y le dijo: «Lefevre, usted es una de las columnas de la República, ¿la dejará perecer en manos de estos abogados? Tome, este es el sable que yo llevaba en las Pirámides; se lo doy como prenda de mi estima y de mi confianza».—«Sí, exclamó Lefevre, echemos á los abogados al río». No fué tan afortunado Bonaparte con Bernadotte, que se presentó vestido de paisano, se negó á tomar parte en la empresa, afirmando que fracasaría, y se retiró sin prometer siquiera quedar neutral. A las siete se reunía el Consejo de los Ancianos, en donde todo aconteció tal como habían convenido Bonaparte y Sieyes. Casi sin discusión se aprobó el decreto trasladando el Cuerpo legislativo á San Claudio para el día siguiente, y confiando á Bonaparte el mando de todas las fuerzas militares de París, para que velase por el mantenimiento del orden. A las ocho de la mañana estaba el decreto en manos del General, que lo leyó á los oficiales reunidos, y se fué, acompañado de brillante séquito, al Consejo de los Ancianos, para jurar la Constitución. «Ciudadanos representantes, dijo, la República perecía; vuestro decreto acaba de salvarla. Desgraciado del que trate de oponerse á su ejecución..... Nada en la Historia se parece al siglo décimo-octavo; nada en este siglo se parece á su fin..... Queremos una república fundada sobre la verdadera libertad, sobre la libertad civil, sobre la representación nacional. La tendremos; lo juro en mi nombre y en el de todos mis compañeros de armas».—«¡Lo juramos!», gritaron todos los generales. Pero Bonaparte no prestó el juramento legal á la Constitución del año tercero. El filósofo Garat se lo hizo notar al presidente, el cual no hizo caso, so pretexto de que, después de votado el decreto, no se podía discutir más que en San Claudio. De los Ancianos, Bonaparte se fué á pasar revista á los regimientos de la guarnición, que había mandado, aun antes de haber recibido el nombramiento, sacar de los cuarteles y situar en el Carroussel, en el jardín de las Tullerías y en la plaza de la Concordia. Dirigióles breve y enérgica arenga, prometiéndoles para lo porvenir abundancia y gloria. Las tropas le aclamaron, y la muchedumbre, que había acudido por curiosidad, le acogió con benevolencia. A nadie le parecía que se trataba de una revolución, Por las calles se estaba repartiendo una hoja, en la que se decía que era necesario «restaurar la Constitución» y que «sería un sacrilegio atentar al gobierno representativo, en este siglo de las luces y de la libertad».

El decreto de traslación llegó á los Quinientos inmediatamente que se constituyeron en sesión. Su lectura produjo sorpresa y furor. A los gritos de los representantes, el presidente, Luciano Bonaparte, respondió, como el presidente de los Ancianos, que no se podía discutir hasta el día siguiente, en San Claudio. Los diputados se separaron dando vivas á la Constitución del año tercero. Los más enardecidos de ellos corrieron los unos á casa de los otros, y celebraron reuniones para idear los medios de resistir al golpe que amenazaba.

Después de la revista, Bonaparte sentó sus reales en las Tullerías, en donde se le unie-

ron Cambaceres, Fouché y los directores Sieyes y Ducos, los cuales dimitieron sus cargos. Necesitábase de otra dimisión para que el Directorio, falto de mayoría, no pudiese obrar. Talleyrand y el almirante Bruix se encargaron de obtener la de Barras. Mientras tanto, Bonaparte distribuyó entre los generales de su confianza el mando de las tropas: envió á Murat á ocupar á San Claudio con numerosa caballería y un cuerpo de granaderos; puso á Lannes al frente de las tropas que custodiaban las Tullerías; dió á Moreau la rara comisión de ir con quinientos hombres á guardar el Luxemburgo, con la orden de incomunicar á los directores con el exterior, y ordenó al comandante de la guardia directorial, Jube, que del Luxemburgo se fuese con su gente á las Tullerías. Todas estas órdenes fueron cumplidas con exactitud, y, durante este tiempo, Fouché hizo pegar carteles en las esquinas invitando á los ciudadanos á estarse tranquilos y asegurándoles que se trabajaba por salvar la República.

Convencidos, al fin, de la conjuración, Moulins y Gohier se fueron á ver á Barras, para preguntarle si estaba dispuesto á mantenerse en su puesto y formar con ellos la mayoría. El voluptuoso director se hallaba en el baño, poco menos que ignorante de lo que pasaba en París. «Ese pícaro, exclamó, nos ha engañado á todos». Se manifestó decidido á seguir unido á sus colegas, y envió á su secretario, Bottod, á las Tullerías para averiguar las intenciones de Bonaparte. A los pocos minutos de haber salido Gohier y Moulins de casa de Barras, entraban en ella Bruix y Talleyrand, con el objeto de exigirle la dimisión, que obtuvieron sin grandes esfuerzos y con la sola promesa de respetar su persona y sus bienes. Mientras tanto, Bottod llegaba á la presencia de Bonaparte, que aprovechó esta ocasión para representar una escena teatral. «¿Qué habéis hecho, dijo con voz de trueno al secretario de Barras, qué habéis hecho de aquella Francia que dejé tan brillante? ¡Dejé la paz, y encuentro la guerra; dejé victorias, y encuentro desastres; dejé los millones de Italia, y encuentro leyes depredadoras y la miseria! ¿Qué ha sido de los cien mil hombres que han desaparecido del suelo de Francia? Eran mis compañeros de armas! Todos han muerto! Semejante estado de cosas no puede durar; nos llevaría al despotismo por la anarquía». Esta arenga iba dirigida no al secretario de Barras, sino al público, y se mandó enseguida á los periódicos.

La defección de Barras ató de pies y manos á Gohier y á Moulins. Realmente, ya no había Directorio, puesto que no había mayoría, necesaria para la validez de los acuerdos. Mas no se dieron por vencidos los tenaces directores. Determinaron irse á las Tullerías, para ver de traer á Bonaparte á buen camino. Éste trató de ganárselos. «Júntense á nosotros, les dijo, para salvar la República. La Constitución no suministra medios al efecto.....; se agrieta por todas partes, no puede tirar un día más». —«¿Quién le ha dicho á usted eso?, respondió Gohier; deben haber sido esos pérfidos que no tienen ni la voluntad ni el valor de caminar con ella. La República triunfa por todas partes, y triunfa sin el

concurso de usted». Un altercado bastante violento se entabló entre Gohier y Bonaparte. Recibe éste la noticia de que el barrio de San Antonio comienza á turbarse bajo la dirección de su antiguo comandante Santerre, y pregunta al otro director: «¿General Moulins, ¿es usted pariente de Santerre?» —«No, respondió Moulins; no soy pariente, soy amigo». —«Sé, replicó Bonaparte, que se agita en los barrios; decidle que al primer movimiento le hago fusilar». Y volviéndose á Gohier, puso fin á la violenta discusión con estas palabras: «La República pelagra; hay que salvarla....., yo lo quiero. Sieyes y Ducos han dimitido; Barras acaba de dimitir. Están ustedes dos solos, nada pueden hacer, les insto á que no resistan». Todo fué en vano. Ni Gohier ni Moulins dimitieron. Aquellos dos varones, de mediano entendimiento, pero de corazón recto, salvaron con su firmeza el honor de su memoria. Regresaron á la residencia del Directorio, al Luxemburgo, donde Moreau, cumpliendo las órdenes de Bonaparte, los separó al uno del otro y los incomunicó á entrambos con lo exterior.

Por la noche, los notables de la mayoría de los Ancianos y de la minoría de los Quinientos se reunieron en las Tullerías, con Bonaparte, Sieyes, Ducos y Fouché, para convenir lo que se haría al día siguiente en San Claudio. Algunos de los representantes vacilaban, no hallando justificada la necesidad de una dictadura, y deseaban que Bonaparte se contentase con ingresar en el Directorio. Era tarde para esto. El ambicioso general respondió con tono resuelto que se imponía el cambio de Constitución y la creación de una dictadura momentánea, de hecho, bien que no se la bautizase con este título. No se osó insistir. Se aceptó lo que habían concertado Sieyes y Bonaparte respecto á la suspensión del Cuerpo legislativo y á la institución del consulado, y se redactó el correspondiente decreto, que había de ser presentado el día siguiente al Cuerpo legislativo, en San Claudio. Sieyes propuso que se arrestase á los cuarenta diputados más influyentes de la oposición en uno y otro Consejo; Bonaparte consideró la medida innecesaria, creyendo que no habría energía que resistiese á la fuerza armada. Ocasión iba á tener de arrepentirse. Casi á la misma hora que los conjurados, unos doce representantes del pueblo deliberaban acerca de la manera de organizar la resistencia para el día siguiente. Convinieron en llamar, antes de la hora fijada para la sesión en San Claudio, á aquellos de sus compañeros de quienes estuviesen seguros, y dar á Bernadotte el mando de la guardia de los Quinientos. El plan era excelente; pero cometieron la imprudencia de reunirse en casa de un diputado corso, Salicetti, que creían enemigo de Bonaparte y que corrió á denunciarlos, inmediatamente después de la junta. Ocioso es decir que nada de lo acordado pudo efectuarse.

Hasta aquí todo iba bien. El diez y ocho había sido día feliz para los conjurados. Su plan se ejecutó en todas sus partes con una precisión y una fortuna verdaderamente raras. Pero faltaba lo más crítico: ¿qué harían los Consejos al día siguiente?

El diez y nueve de Brumario por la mañana, veíase el camino de San Claudio literalmente cubierto de tropas, de coches y de curiosos. Para las doce, hora de empezar la sesión, se había mandado preparar en el Castillo tres salones: el del palacio para los Ancianos; el del parque para los Quinientos, y otro para los inspectores y Bonaparte. Pero las habitaciones no estuvieron dispuestas hasta las dos de la tarde, y este aplazamiento faltó poco para que diese al traste con los planes de los conjurados. En esas dos horas, los individuos de entrambos Consejos, mezclados y confundidos, se pasearon por el jardín, asaltando los diputados de los Quinientos á los de los Ancianos con estas ó parecidas preguntas: ¿Qué es esto? ¿Qué significa esta medida extraordinaria? ¿Á qué motivos obedece? ¿A dónde nos queréis llevar? Y como las respuestas distaban mucho de ser satisfactorias, las cabezas se fueron caldeando, y los jefes jacobinos se concertaron para impedir á todo trance un nuevo golpe de Estado. En este instante, los conjurados creyeron comprometido el éxito de su empresa si Jourdan, Augereau y Bernadotte dirigían la palabra á las tropas. Al fin, los Quinientos abrieron la sesión. El diputado Gaudin, uno de los más adictos á Bonaparte, propuso dar las gracias á los Ancianos por haber trasladado el Cuerpo legislativo á San Claudio, y nombrar una comisión, que presentase un informe sobre los peligros que amenazaban á la República y los medios de prevenirlos. Tratábase con esto de eludir el debate. Mas no bien hubo callado Gaudin, resonaron de todos los lados de la Cámara violentos, descomunales gritos: «¡Abajo los dictadores! ¡fuera la dictadura! ¡viva la Constitución!»—«¡La Constitución ó la muerte!», exclamó Delbrel.... «¡Las bayonetas no nos espantan, somos aquí libres!» Algunos diputados, encarándose con el presidente Luciano, le gritan: «¡Fuera la dictadura! ¡abajo los dictadores!» Luciano responde á estos gritos: «Por mi dignidad de presidente, no estoy dispuesto á tolerar por más tiempo las insolentes amenazas de ciertos oradores; les llamo al orden». Pero el orden era imposible. Cayó sobre la mesa una lluvia de proposiciones sobre porción de extremos: era menester anunciar al Consejo de los Ancianos que la Asamblea se había constituido, pedirle explicaciones sobre el motivo y objeto de la traslación, enviar una diputación al Directorio, dirigir un manifiesto al pueblo.... Mas antes de que se decidiese sobre nada de esto, Gramarión exclama con violencia: «¿Á qué tantos discursos vagos sobre la libertad y la República? No queremos República semejante á la de Venecia ó de los Estados-Unidos, queremos nuestra constitución; propongo que todos los diputados presten nominalmente juramento de defender la Constitución». Por aclamación se acordó. El mismo Luciano tuvo que abandonar el sillón presidencial para prestar su juramento, que echaba por tierra los proyectos de su hermano. Sin embargo, esta formalidad del juramento perjudicó; perdiéronse en ella tres ó cuatro horas, que aprovecharon los conjurados.

Tampoco en el Consejo de los Ancianos reinaba la paz. Los diputados de oposición, que no habían asistido á la sesión de la víspera por haberseles llevado las convocatorias

fuera de tiempo, estaban presentes y pedían á su vez explicaciones sobre el decreto de traslación; pedían, sobre todo, que se les revelasen los autores, los medios y el fin de la supuesta conjuración jacobina. Se leyó un oficio del secretario general del Directorio, notificando que cuatro de los directores habían dimitido. Esto no era enteramente exacto, puesto que Gohier y Moulins seguían en posesión de sus cargos. Después de esto, el presidente suspendió la sesión esperando la noticia de haberse constituido los Quinientos. Pero el tiempo trascurría, y la noticia no llegaba, por hallarse ocupados los Quinientos en la ceremonia del juramento. Á Bonaparte se le acabó la paciencia. «Es menester concluir», dijo á los suyos, y entró en el salón de los Ancianos.

Ocurrió entonces una escena inesperada. Bonaparte se turbó. El aspecto de aquel salón agitado y la sorpresa que su presencia causó en todos, dieron al traste con aquella firme serenidad de espíritu, que no le había faltado nunca en el fragor de los combates. Vaciló, balbuceó y solo pudo emitir frases entrecortadas. «Ciudadanos representantes, no estáis en circunstancias ordinarias, estáis sobre un volcán; dejadme hablar sin interrumpirme. Habéis creído la República en peligro, y habéis trasladado el Cuerpo legislativo á San Claudio. Yo estaba tranquilo en París, y me habéis llamado para asegurar la ejecución de vuestro decreto. He venido, así como mis compañeros de armas, con sentimientos completamente desinteresados, y en premio de mis penalidades de ayer, oigo hablar hoy de un nuevo César, de un nuevo Cromwell. Se dice que quiero fundar una dominación militar». Desde este punto, como si la llama de su ambición se encendiera, empezó á surgir el dictador. «Ciudadanos, continuó, si yo hubiese querido esto, no habría esperado vuestras órdenes; varias veces ya, en circunstancias sumamente favorables, se me ha invitado á tomar el poder; á él me llamaban el voto de la Nación, el voto de mis compañeros, el voto de mis soldados, de esos soldados tan maltratados desde mi partida y que ahora se envía á hacer una abominable guerra civil en Vendée; los peligros son inminentes, no penséis más que en conjurarlos; salvemos los dos principios por los cuales hemos hecho tantos sacrificios, la libertad y la igualdad».—«Y la Constitución!», exclamó el diputado de la izquierda Linglet. Esta interrupción desconcertó por un instante al general; pero reponiéndose al punto, se desborda dando libre vado á los sentimientos que llenaban su alma. «La Constitución, respondió, vosotros la habéis violado el diez y ocho de Fructidor; la habéis violado el veintidós de Floreal; la habéis violado el treinta de Prairial; la Constitución todos los partidos la invocan y todos la han destruido; no puede salvar al país, porque nadie la respeta ya». La palabra del día estaba pronunciada, aunque no en forma parlamentaria, ni con pruebas, ni revestida de arte oratoria. ¿Qué habría contestado Bonaparte si se le hubiese recordado el apoyo que había prestado al diez y ocho de Fructidor? Esto no obstante, su afirmación era exacta: con aquella Constitución no se podía salvar al país. Concluyó pidiendo una concentración de poderes, que abdicaría en el ins-